

Sin psicoterapia no hay psicoterapeuta. Sin psicoterapeuta no hay institución.

Por Eliseo M. González Regadas

Hoy, coyunturalmente, estoy aquí representando a AUDEPP (tengo, como la mayoría de ustedes, múltiples pertenencias institucionales). De todos voy a hablar desde mi propia experiencia personal sobre este tema. A lo largo de mi vida he transitado por diversos abordajes psicoterapéuticos con enfoques y recursos técnicos diferentes: ensueño dirigido, trabajo corporal, terapia gestáltica, grupos en comunidad terapéutica y psicoanálisis. ¡Todo esto debe sumar unos veinte años de mi vida! ¡Fíjense la persona problemática que tienen delante de ustedes en éste momento!

Voy a adelantarles mi respuesta al tema y luego, pasaré, brevemente, a desarrollar el punto de vista de porqué, a juicio mío, considero que la psicoterapia del psicoterapeuta *es la parte más importante de su formación como tal*: es aquél aspecto de su formación que tiene que ver, nada más ni nada menos que con su persona, con su ser como herramienta fundamental de trabajo en un encuentro con otro que no es él mismo. Esta herramienta tiene que ver con el ser que somos, con nuestra historia familiar-personal, nuestro cuerpo, nuestros vínculos, con la época histórica del mundo y del país; con la cultura y sociedad en que nos toca vivir... *Esto es un aspecto esencial que hace a la singularidad de nuestra profesión*. Una profesión que busca que podamos entender los *por qué y para qué y cómo* hacemos las cosas; lo que nos provoca conflictos y sufrimientos y lo que nos satisface y da placer; lo que nos posibilita ser libres y ser nosotros mismos, o lo que nos sujeta y esclaviza; lo que nos abre puertas al cambio o lo que nos mantiene transitando por senderos ya conocidos... Esta herramienta tenemos que conocerla lo mejor posible porque es ella la que se va a encontrar, en una situación privilegiada, distinta a la del resto de los encuentros sociales, con otro. Otro que viene a nosotros en situación de vulnerabilidad extrema: plagado de interrogantes, conflictos, sufrimiento, frustraciones, desencuentros y que espera encontrar un camino, SU CAMINO, con nuestra compañía y ayuda.

En el psicoanálisis aceptamos que la formación se asienta sobre un trípode que implica el *análisis personal*, los *estudios teórico-clínicos* y la *supervisión o control* de nuestro trabajo con un colega más experimentado. Hay, detrás, una institución que respalda la tarea que se realiza en el ámbito de un consultorio privado y que funciona, por un lado, como marco garante de una formación y, por otro, custodia de un proceder ético que garantice, más allá de las destrezas técnicas y profesionales, una protección de las partes involucradas en esta labor tan delicada. Hay algo más que yo lo llamaría en un castellano liso y llano el tipo de gente que es el/la terapeuta: si está hecho de buena o mala madera; si es de buena o mala fibra. Si el/la terapeuta no son “buena gente”, de

poco sirve el resto. Ustedes se preguntarán, ¿Qué nos quiere decir con ésa expresión de uso corriente? Bueno, aludo a algo que es vivido por los participantes de un encuentro y que sirve para *legitimarlo* o *deslegitimarlo*. Al que está en posición de paciente, porque le permite desarrollar una *confianza básica* hacia la persona del terapeuta sin la cual la tarea no sería posible. Y al terapeuta porque le permite abrirle un crédito a las posibilidades de cambio que trae el paciente y con las que necesita aliarse y trabajar cooperativamente para llevar adelante una difícil tarea junto a él.

Ningún psicoterapeuta, por más méritos académicos e institucionales que tenga, se habilita *de por vida* para ejercer la profesión. Nosotros, como cualquier persona, tenemos buenos y malos momentos, momentos de felicidad e infelicidad; estamos sujetos a emociones, prejuicios, condicionamientos culturales, etc. Si los conocemos y analizamos en profundidad a lo largo de nuestra psicoterapia, de nuestra vida profesional y de los avatares por los que pasamos, pueden ser incorporados como una herramienta más al servicio de la comprensión de lo que acontece durante el proceso terapéutico de tal o cual persona con que nos concierne profesionalmente. Hay, por otra parte, *insatisfacciones del psicoterapeuta* en diferentes momentos que pueden interferir con su tarea o inhabilitarlo porque se produce lo que se ha dado en llamar una *trasgresión de las fronteras terapeuta/paciente*. Por ejemplo, insatisfacciones en la relación de pareja, sexuales, con el dinero, con la autoridad o el poder asignado a la misma, que son las responsables de la mayoría de los “deslices”, trasgresiones, abusos y usos del paciente por razones diversas. No quiero entrar aquí en el detalle de las mismas, pero les recomiendo la lectura de un libro muy crítico y polémico con respecto a la psicoterapia escrito por Jeffrey Masson: su traducción castellana es *Juicio a la psicoterapia*¹; mientras que en su versión inglesa es *Against therapy*. Más allá de los acuerdos o desacuerdos que podamos tener con el autor hay que destacar su valentía para desnudar, a lo largo de la historia de nuestra profesión y a través de situaciones que involucran a eminentes profesionales, nuestras debilidades humanas y la iatrogenia de la que somos capaces por un desconocimiento o mal uso de ciertos rasgos de nuestra personalidad durante el proceso terapéutico. Se trata de situaciones, que más allá de lo legal y la merecida condena ética por éstos proceder, muestran nuestras propias vulnerabilidades así como la *necesidad periódica que tenemos nosotros* de ayuda profesional de otros colegas y el sostén afectivo y los cuidados que requerimos para el ejercicio de una de las profesiones más insalubres que existen. Verán ustedes que estoy cargando el énfasis en el psicoterapeuta y no en el paciente y esto, por la sencilla razón de que hoy tenemos que debatir acerca de éste punto y sobre la institución que está detrás de nuestra práctica.

¹ Jeffrey Moussaieff Masson: *Juicio a la psicoterapia. La tiranía emocional y el mito de la sanación psicológica*, Editorial Cuatro Vientos, Santiago, Chile, 2da. Edición, 1993.

Unas pocas palabras sobre la institución: lamentablemente, al igual que las personas –y esto me lo dice mi propia experiencia de trabajo en diferentes instituciones- ellas no son siempre las garantes de que hay un cuidado adecuado de las personas a su cargo. Las instituciones, al igual que los seres humanos, pueden ser también corruptas y corruptibles; pueden hacer un uso inadecuado del poder que le delegan sus asociados y pueden *perder de vista su tarea primaria* y transformarse en grupos prejuiciosos con baluartes donde se acantona su propia enfermedad, anquilosamiento y/o muerte. Si las instituciones no son analizadas en su funcionamiento por alguien externo a ellas, van a recrear, en grado superlativo nuestras debilidades humanas; en especial aquéllas que se ponen en juego nuestro trabajo. No podemos desconocer las peculiaridades del mundo en que nos toca vivir: un mundo donde *lo único cierto son las incertidumbres*, donde las certezas de ayer son los desencantos de hoy. Un mundo que, por efecto de las tecnologías de la comunicación ha generado nuevas modalidades de vincularse –para bien y para mal- que derraman sus efectos sobre la construcción de nuestras subjetividades, del accionar de los grupos humanos y de la sociedad en su conjunto.

Para ir cerrando: Podemos ser optimistas sobre el tema en debate si somos realistas respecto a la naturaleza humana y sus flaquezas. Algunos podrán argumentar en contra de los resultados de las psicoterapias o de las psicoterapias de los psicoterapeutas en particular. No podemos pretender garantías absolutas para responder por el accionar de cada uno de nosotros; pero lo que sí podemos hacer es conocer y tener presente nuestras vulnerabilidades; así como en desarrollar mecanismos institucionales que las tengan en cuenta y que ayuden al psicoterapeuta a lidiar con ellas. Nuestra propia psicoterapia es un recurso que no podemos eludir por que da cuenta de nuestra disposición –genuina o no, eso se verá durante el proceso- para admitir con humildad nuestra condición humana, para reconocer que no podemos ir más allá, con otro, de lo que seamos capaces de ir en el conocimiento y exploración de nosotros mismos. Negarnos a este cuestionamiento estaría reflejando no solo una actitud omnipotente, sino lo que Joyce Mc Dougall llamó ser un *normópata*: alguien que enmascara detrás de su adaptación social, familiar e institucional, una psicopatología severa.

Las instituciones, por su parte, para ser genuinas garantes de nuestras prácticas, deben ser *abiertas*: abiertas en su funcionamiento y conexión con el resto de las instituciones terapéuticas y educativas y con la sociedad en su conjunto. Abiertas a ser examinadas y criticadas. Abiertas a reconocer errores y a enmendarlos. De puertas abiertas para que otros las vean y conozcan, para que sepan cómo funcionan, cuáles son sus problemas y el modo como intenta resolverlos. Éste tipo de funcionamientos solo se logra en algunos momentos, pero en otros no, como es de esperar.

Gracias por su tiempo.